

HOMILIA EN JUEVES SANTO 2020

Iglesia “Dulce Nombre de María”, Russell, Maipú

Con esta celebración damos comienzo al solemne triduo pascual. Son tres días que condensan de un modo extraordinario, toda la vida de Jesús, evocando sus signos, sus sentimientos, su oración, su especial mensaje para nosotros...

Como les decía, al comenzar esta santa misa, este anochecer de Jueves Santo nos ofrece la oportunidad de evocar el momento tan significativo de la entrega de Jesús a los hombres en el que nos deja la Eucaristía, nos indica el camino del amor fraterno y, además, establece en continuidad con su misión, el sacerdocio ministerial.

Por eso, nos llena de asombro la obra del Padre Dios en Cristo y a través de Él, en nosotros su Iglesia. No podemos separar esta noche de Jueves Santo, en que tiene lugar la Cena del Señor, con la dinámica de cuanto sucederá en los próximos días: la lenta y dolorosa subida al Calvario hasta la muerte de Cristo en la Cruz, para esperar con los Apóstoles y con otros testigos, la Resurrección del Maestro.

Hoy entonces, es un día para evocar la Pascua del Señor, una Pascua que arraiga en el Antiguo Testamento, como escuchábamos en la primera lectura. San Pablo en la segunda lectura nos presenta con detalle, la institución de la Eucaristía, con todos los rasgos de una celebración nueva, porque la novedad es Cristo mismo que se queda: *“Hagan esto en memoria mía.”* Hace algunos días el Papa Francisco en un hermoso Mensaje al pueblo argentino y al obispo de la diócesis de Río Gallegos, al recordar los 500 años de la primera misa en territorio argentino, insistía precisamente en la fuerza de estas palabras: *“Hagan esto en memoria mía”*, para recordar cómo Jesús ha querido quedarse entre nosotros, cómo ha querido seguir dándose y partiéndose en la Palabra predicada, en los gestos y los signos de misericordia de la comunidad, para que nos quedáramos en una actitud pasiva meramente contemplativa, sino sobre todo en actuar, en hacer en memoria de Él, ese gesto que perpetúa de modo permanente su obra entre los hombres, es decir, sentirnos y ser en Cristo, protagonistas.

Éste es un tiempo nuevo, donde Él hace nuevas todas las cosas. Es la noche en que Jesús establece de una manera clara el mandamiento del amor fraterno. Así lo expresa con el signo de lavar los pies a los discípulos. El modo en que le responde a Pedro insistiendo en la necesidad de aquel gesto, nos hace notar cómo el servicio es la clave de la entrega de Jesús. Ese servicio, que en

primer lugar es la entrega de su propia vida, la entrega de su Cuerpo y de su Sangre, ha sido precedido de numerosas pequeñas entregas a lo largo de toda su vida y ahora encuentran su coronación en esa entrega existencial a los discípulos, a los hombres, a la humanidad.

Podemos decir que el Mandamiento del amor fraterno, expresado en el lavado de los pies, tiene en estos días una vigencia impresionante en una Humanidad que se arrodilla ante enfermos y moribundos, para administrarle vacunas, para curarlos, para darle los auxilios finales, para hacerle los mandados si son personas mayores, para acercarlos la Eucaristía, para estar con ellos en el lecho del dolor, para animarlos a tener esperanza de que se sanarán. Esta pandemia nos ha convocado con mucha fuerza a vivir y hacer vivir en un contexto dramático, lavarnos así los pies unos a otros, amarnos los unos a los otros como Él nos amó. Hoy el lavado de los pies sale de la liturgia, a la celebración de la fe en las familias, en la realidad dolorosa y desafiante que nos apremia cada día de este ya largo período de aislamiento.

Estos discípulos que han estado siguiendo los pasos del Señor, que han visto también la obra maravillosa de Dios en su Mesías, en sus gestos y prodigios de ternura y misericordia, ahora son testigos de este partirse el pan y son convocados a hacerlo en adelante en su nombre; a lo largo de los siglos, desde entonces, los sacerdotes continuamos aquella obra de Jesús haciéndolo presente en la mesa de los cristianos, el altar de la Eucaristía. En este tiempo tan doloroso en que no tenemos el contacto físico directo con nuestra comunidad, en el que estamos aparentemente separados, en el que la distancia parece enseñorearse de nuestro corazón, Dios nos dice que estamos cerca, Dios nos dice que seguimos en la comunión de los santos y, nos invita a seguir asistiendo a la entrega de su hijo Jesús. Estas misas que celebramos los sacerdotes, hacen presente la entrega de Cristo y siguen acercando al pueblo creyente desde entonces, pero más que nunca en este tiempo de dolor.

Mis queridos hermanos celebremos este jueves Santo con toda alegría y disponibilidad. No podremos lavarnos los pies en ese gesto tan hermoso de la liturgia de esta Misa en particular; pero piensen esta noche de qué manera concreta podrán ustedes lavarse los pies unos a otros. Me los imagino en sus casas, en la entrega de un servicio público, activos y preocupados por cómo continuar la obra de Cristo en estos días, inquietos allí donde el dolor y la desesperanza se pueden adueñar de nosotros lavarnos. Lavarnos los pies es

acercarnos el agua de la esperanza, el servicio de un amor que no claudica y que es la entrega de Cristo a través nuestro. Que éste sea hoy nuestro cometido. Así, este jueves Santo distinto para nuestra generación, para estos tiempos, nos relanzará en una entrega significativa y profética como Iglesia, para todos los hombres.

Mendoza, 9 de abril de 2020

Padre Obispo Marcelo Daniel Colombo